

Familia y corporeidad

Julia Villa García

Universidad Pontificia de Salamanca

1. Introducción

¿Hay alguien que se atreva a decir que nunca ha sentido la fragilidad de su cuerpo? El cuerpo es la imagen de cada uno y esta imagen tiene fecha de caducidad. Se nos deteriora el envoltorio y sentimos la vulnerabilidad de la existencia. Nadie es sin su cuerpo y, nos guste o no, éste será el compañero inseparable que nos ayudará a andar el camino y nos marcará cuándo debemos parar. Pero no sólo somos cuerpo caduco.

El cuerpo no sólo es esta funda que nos envuelve y nos da forma. Nunca pensamos en cuerpos, sino en personas que tienen tal o cual cuerpo. De esta forma, consideramos que la persona se identifica por un cuerpo en dinamismo que integra en sí mismo la libertad, la intimidad y la identidad de cada ser humano.

El cuerpo es, por tanto, espacio de intimidad y relación, es “territorio en el que se asientan el hombre y la mujer, y del que arrancan sus más amplias y rigurosas posibilidades” (Lledó, 1984). Sólo cuando al cuerpo se le pone nombre se puede hablar de corporeidad. Y entonces surgen el deseo y la necesidad de singularizarse, de relacionarse, de trascenderse, de vivirse. Surge así el yo que necesita un tú por el que sentirse vivo y para el que vivir. Surge también para el yo la necesidad de interactuar con un mundo en el que moverse para salir al encuentro de los otros, semejantes a él en la figura, a los que identifica y por los que se siente identificado.

En este juego de interacciones aparece la familia como primer elemento de referencia. Porque la familia, en sentido simbólico, es una unidad corporal formada por varias individualidades que se aco-

gen mutuamente y que se va perpetuando a través del tiempo con la llegada de nuevos miembros.

La familia es, además, el primer espacio de habitabilidad con el que se encuentra el ser humano al llegar a este mundo. En ella aprenderá a ser y a relacionarse y, por ella, se sentirá incorporado a una red de relaciones y vinculado a otros seres que vivieron antes que él. De hecho, Duch y Mèlich (2005) presentan a la familia como la primera estructura de acogida, a la que denominan codescendencia. Se refieren a ella como “el lugar inicial y decisivo del encuentro del cuerpo humano con la realidad mundana, es decir, con la multitud de historias y vicisitudes de todo tipo que siempre acompañan su paso por este mundo” (p. 12). Porque la familia es la única institución humana que, además de acoger a sus miembros, los acepta y acompaña durante toda la vida, aun cuando sufran cualquier deficiencia física o psíquica.

En este estudio, pues, partimos de la visión que la sociedad contemporánea tiene del cuerpo para tratar luego la corporeidad en las distintas etapas de la vida familiar. Para iluminar la teoría introduciremos algunas citas de novelas españolas que reflejan cómo viven las familias de la ficción el don y la tarea de la corporeidad.

2. Sociedad, cuerpo y corporeidad

Resulta curioso descubrir que, a lo largo de la historia, el ser humano ha necesitado tener un elemento que se convirtiera en centro de sus pensamientos y que inspirase sus creaciones artísticas. En la Edad Media, el centro del universo era Dios y todas las acciones se emprendían en su nombre. En el Renacimiento, el hombre y la naturaleza ocuparon un lugar primordial e inspiraron el arte y la poesía. Cuando la industria se adueñó de las ciudades, la inteligencia y la razón pasaron a ocupar el primer puesto. En la actualidad se puede decir que los mensajes publicitarios, el comercio, la moda y la industria alimenticia han privilegiado al cuerpo hasta convertirlo en objeto de cuidado y casi de culto.

Esta atención al cuidado del cuerpo está siendo tan desmesurada que lo hemos convertido en objeto manipulable y de fácil modificación. Se trata de un cuerpo a la carta que se resiste a envejecer y que pierde identidad porque busca *parecerse a*. Con este afán el ser humano parece haber olvidado que la persona vale por lo que es y no por lo que parece. El cuerpo necesita atención por lo que tiene de instrumento de comunicación y de expresión de sentimientos, pero debe ser un cuerpo al servicio de sí mismo y de los demás, nunca esclavo de nada ni de nadie. El cuerpo es medio, no fin. Y como tal hay que tratarlo.

La exaltación del cuerpo hace que actualmente no se tenga en cuenta ni se valore la experiencia de vida que siempre se ha atribuido

a las personas mayores. El valor que se le otorga a la juventud va relegando el valor de la vejez. *Juventud* es sinónimo de modernidad, de vida, de actualidad. *Vejez* está empezando a ser sinónimo de inutilidad, de estorbo, de caducidad. Impresiona la reflexión que uno de los protagonistas de una novela de los años noventa hace refiriéndose al abuelo:

“Los viejos son personajes del pasado, fósiles. Hay una inadecuación entre ellos y el tiempo que les rodea. Son como fantasmas, como películas o fotos de un álbum viejo y lleno de polvo. Estorbos (...) Malditos viejos. Habría que implantar la eutanasia obligatoria a los cincuenta y cinco” (José Ángel Mañas, *Historias del Kronen*).

El texto anterior puede ser el resultado de la trivialización de la vida y de la normalización de un lenguaje, en apariencia inofensivo, que se permite sustituir las palabras llenas de significado “padre” y “madre” por “el viejo” y “la vieja”. Palabras que pueden utilizarse en un primer momento con connotaciones cariñosas, pero que fácilmente pueden convertirse en un modo de falta de respeto, agresión y hasta desprecio y que, por supuesto, no dan cabida a la gratitud.

2.1. Tener un cuerpo

Si el cuerpo es lenguaje y medio de comunicación, cabe preguntarse por los diferentes mensajes que se emiten a través del cuerpo. Cristóbal Pera (2006) advierte que hay cuerpos de “difícil lectura, silenciosos, remotos e inexpresivos” y añade una catalogación de cuerpos: los modificados por voluntad de la persona y los que sufren el deterioro de la injusticia o la enfermedad. A los cuerpos que sirven de soporte para exhibir dibujos, grabados o textos por medio de tatuajes o piercing, los denomina *cuerpos con vocación de desnudo*. Llama *cuerpos retocados* a los transformados por el gimnasio o por clínicas para aumentar la musculatura, cambiar de sexo o esculpirlos a gusto del portador. Pero están también los *cuerpos mutilados* por la violencia de otros y los cuerpos que se pliegan por inanición; los *cuerpos envejecidos* y los que sufren el paso de la enfermedad o de la incapacidad física o psíquica.

En un mundo diverso en el que caben la pluralidad de culturas, de sociedades, de gobiernos, de clases sociales, caben también la pobreza y la riqueza, la justicia y la injusticia, el odio y el amor.

Así Kristin Kastner (2003), partiendo de experiencias vividas en diferentes países, se refiere a *cuerpos precarios* o *cuerpos en el camino* para recordar con dolor a las mujeres que son utilizadas por las mafias para la prostitución y que, con frecuencia, forman parte de la cultura migratoria. Las chicas que buscan como protector al patrón

del barco para asegurarse la travesía y la comida pagando con su cuerpo que es su único capital. En esta misma situación, el cuerpo de los niños se presenta también como riqueza, como escudo y “visa” cuando ellos son la única documentación de las madres y el único seguro para quedarse en el país al que emigran: “No tengo papeles, pero tengo un bebé. Mi bebé son mis papeles, ¿sabes? Porque cuando llevo a mi bebé la policía no me habla, ni me molesta ni me detiene. ¡Porque tengo bebé!”¹.

En estos casos, el cuerpo es el único medio para librarse de la persecución o de la repatriación. De hecho, si una mujer está embarazada o manifiesta una enfermedad mental puede salvarse de la violación y del acoso de los hombres, por lo que es fácil que muchas mujeres finjan embarazo o locura mientras dura el trayecto a la tierra prometida.

Pero aunque el cuerpo sirva de moneda de cambio y aunque haya quien se fije en el cuerpo que tienen los otros con ánimo de poseerlo, no se puede pensar que nuestro cuerpo nos pertenece. Es falsa la expresión “mi cuerpo es mío y hago de él lo que quiero”. Mi cuerpo no es sólo mío, puesto que todo lo que yo hago repercute en mí, en mi familia y en la sociedad. La alegría o el dolor que yo experimente se hacen extensivos a mi círculo familiar y ellos llorarán o reirán conmigo.

2.2. Ser un cuerpo

Entonces, si no soy dueño de mi cuerpo, ¿soy un cuerpo? El hombre y la mujer son algo más que un cuerpo. José-Román Flecha (2005) afirma que para que la persona encuentre su identidad debe tener muy clara la relación con su propio cuerpo. Es decir, debe integrar en sí misma el hecho de que aunque no sea dueña de su cuerpo, no puede separarse de él. Por tanto, es necesaria una aceptación de la persona entera, de su *ser* y de su *ser así*, del cuerpo y de la corporeidad. Sólo de esta manera podrá darse el respeto, el cuidado y la protección de uno mismo y de los demás. Y sólo a partir de este conocimiento y aceptación podrá vivir su sexualidad y la relación con los demás de forma íntegra.

El refrán tan popular que dice “la cara es el espejo del alma” está haciendo referencia a la corporeidad, a la capacidad comunicativa del cuerpo. En el rostro se recoge la singularidad de cada persona y a través de él descubrimos su belleza interior y exterior. La vivacidad o inexpressión de los ojos, las muecas del rostro o el movimiento de las cejas indican, a quien nos mira, el estado de nuestro ánimo. Y hace

¹ Kristin Kastner [www.apdha.org/participa/documentos/kristin_granada180506.doc] (29.11.2003).

referencia, además, al cuerpo como vehículo transmisor de sentimientos y como manifestación tangible del ser. También por esto el cuerpo es capital y riqueza. Porque es capaz de relación y de intimidad, de apertura y de acogida.

Por la corporeidad nos sentimos vinculados a una red de relaciones que se han ido tejiendo antes de que nosotros llegáramos a este mundo. Nuestra familia nos une, a través de los lazos de la sangre, a otros seres que nos han precedido y a los que vendrán después. Por la función narrativa conocemos la historia de nuestros antepasados, sus costumbres, sus valores, sus creencias que, de alguna forma determinan nuestro ser y nuestro estar en el mundo. Los actos y las costumbres, las actitudes y los valores familiares se repiten generación tras generación. Esta realidad está expresada magistralmente por un escritor contemporáneo:

“Quién le hacía las uñas a aquella niña de pueblo que fue mi madre, quién era ella cuando me las hacía a mí, y cómo es ella ahora, ella en mí, quien se las hace al niño, a mi hijo. Le corto las uñas al niño, no sólo por cortárselas, sino porque cuando lo hago despierta ella en mí. Hay actos, conjuros, ritos pequeños y secretos que pueden resucitar a un muerto, hacerle vivir dentro de nosotros. (...)”

Soy enlace, así, entre dos seres que no se encontraron nunca, distantes en el tiempo. Soy el médium que sabe desaparecer cuando ha reunido dos espíritus. Guardo en algún sitio las tijeras pequeñas y melladas con que ella me hacía las uñas. Ya no sirven. Pero no importa. Aparte el fetichismo de los objetos, mediante este ritual sencillo de cortarle las uñas a un niño he conseguido que ella reencarne en mí, y reencarnar yo en el hijo. Están frente a frente, ella y yo. Están ella y yo, en un rincón del hogar, reunidos. Yo, entonces, qué soy, quién soy. Soy el que mira, soy lo que mira, soy la mirada misma del hogar, la conciencia de la familia”. (Francisco Umbral, *Mortal y rosa*).

El texto anterior refleja la unicidad y relacionalidad del ser humano. Por ser cuerpo y espíritu es capaz de trascender sus propias acciones. Por ser persona en relación, cualquier acto por insignificante que parezca adquiere un significado tan profundo que lo coloca en la esfera de lo atemporal y lo convierte en eslabón de una cadena de entrega y afectos.

3. Familia que acoge, cuida y acompaña

En consecuencia, la significatividad de los hechos, los recuerdos y las tradiciones familiares cobran sentido para los miembros de una familia porque se enmarcan dentro de unas relaciones que, aunque vinieron dadas, son queridas por cada uno. El proyecto de familia hace posible que el ser humano reciba el calor de un ambiente que le ayu-

dará a crecer y desarrollarse como persona. Y le facilitará, además, la inserción en un mundo en el que debe aprender a relacionarse. Un mundo en el que unas veces encontrará acogida y otras hostilidad, pero en el que debe integrarse con su proyecto personal de vida, con sus ideas y sus valores. Esta capacitación sólo puede ofrecerla plena y desinteresadamente la familia, porque acepta y quiere a cada uno de sus miembros como son, porque los acompaña en su desarrollo y los cuida cuando se sienten necesitados.

La persona siente los límites de su temporalidad, de su desgaste y caducidad. Se encuentra situada en un espacio y un tiempo concretos, en una sociedad que le impone sus costumbres y sus cánones de belleza o fealdad. Y para acomodarse a estas circunstancias necesita de la educación y el acompañamiento que nadie mejor que la familia puede ofrecerle. La vivencia de la corporalidad en la familia está marcada por el desarrollo de cada uno de sus miembros y por las relaciones que se establecen entre ellos.

3.1. Cuerpos que hablan

En este primer punto se podrían incluir todas las etapas del ciclo vital porque en cualquier momento de la vida el cuerpo es lenguaje. Sin embargo, quiero centrarme aquí en la pareja que se une en matrimonio para formar una familia. El hecho de colocar esta etapa en primer lugar no es casualidad. La pareja es el fundamento de la familia y su entrega, su relación y su amor determinarán el desarrollo de la vida familiar y de cada uno de sus miembros.

El descubrimiento del cuerpo en la pareja y la vivencia de la sexualidad son la forma más plena de expresión. A través del cuerpo se transmiten sentimientos, estados de ánimo y deseos. El cuerpo, la voz, la sonrisa, la mirada son reclamos en los jóvenes que están iniciando un camino juntos:

“Alicia, aquel día, estaba verdaderamente bonita: tenía las mejillas encendidas y por los ojos le brotaba la felicidad que estaba experimentando.” (Mercedes Salisachs, *La Gangrena*).

La atracción física es un elemento positivo en la relación de pareja. Por eso, para cultivar este aspecto es importante por una parte, cuidar el cuerpo y, por otra, no dejar de conquistarse el uno al otro en todas las etapas de la vida. Pero hace falta algo más: el amor y la sexualidad que, vividos responsablemente, conducen a la transmisión de la vida, a la fecundidad y a una vida llena de ternura y entrega. Así, con el nacimiento de los hijos y el paso de los años, el amor primero va madurando hasta que la pareja llega a amarse más allá de los cuerpos.

“Aquella noche misma, ya en el año nuevo, ya en la cama los dos, María y Martín, María acarició la barba de su marido, recorriendo toda la cara con la mano derecha, muy despacio, delicadamente, alrededor de los labios. María estaba pensando: ‘Le quiero ahora mucho más que la primera vez, cuando le quise por primera vez, cuando se sentó en mi mesa en el bar de la facultad. Y hemos llegado juntos hasta aquí. Y ahora mismo se suman todos los instantes que hemos vivido juntos y el resultado es que le quiero y quiero ser querida por este hombre que está aquí, que envejece conmigo y toda la alegría imaginable se reúne ahora en esta cara y en estos labios’”. (Álvaro Pombo, *El metro de platino iridiado*).

El lado oscuro del lenguaje de los cuerpos se hace patente cuando aparece el conflicto en la pareja. Y no porque cambie la figura del otro, sino porque muere el amor y, con él, desaparece el brillo de la mirada. A partir de este momento, la belleza se convierte en fealdad y el amor en odio, tal como se expresa en el texto siguiente:

“La miré: ni siquiera me inspiraba ternura; me inspiraba odio. Estaba odiándola por todo lo que me obligaba a pensar, por todo lo que me reprochaba sin decírmelo”. (Mercedes Salisachs, *La Gangrena*).

La infidelidad conyugal es una de las causas más comunes de conflicto en la pareja. Sería interesante estudiar por qué dos personas que se querían dejan un día de atraerse. Muchos matrimonios no superan esta prueba, pero los que consiguen salir adelante después de una infidelidad descubren la profundidad del amor primero y que la entrega mutua está por encima de una atracción corporal accidental. El protagonista de una novela reflexiona de esta manera después de haber sido infiel a su mujer:

“Y en ese mismo instante recordó a María. La amaba con todo el corazón: no había duda. Ahora sabía que la amaba con toda la claridad de su conciencia y de su cuerpo, vuelta imagen. ¿Era María compatible con todo lo anterior? Tenía que serlo”. (Álvaro Pombo, *El metro de platino iridiado*).

3.2. Cuerpos que nacen y crecen

El anuncio del nacimiento de un hijo supone la reestructuración familiar. Se redistribuyen los espacios para acoger un nuevo ser, pero se modifica también el proyecto de pareja y de familia porque esta nueva persona invade la intimidad y descoloca las relaciones familiares vividas hasta ese momento.

El hijo es vida y alegría. Es un cuerpo nuevo, limpio, gracioso y agraciado. Invita a la acogida y facilita los cuidados que necesita. Con su movimiento ilumina la existencia de la familia:

“El niño corre entre las frutas, entre los niños, entre los primos, entre los albaricoques.

Las letras, el alfabeto, la escala de las vocales, el niño, a la sombra de la madre, pájaro ligero por el árbol de la gramática. Salta, va, viene, se equivoca de rama, vuelve a saltar, dice la a, la e, ríe con la i, se asusta con la u, vive.

Por ahí empieza la historia, hijo, empieza la cultura, el mundo de los hombres, ese juego largo que hemos inventado para aplazar la muerte.” (Francisco Umbral, *Mortal y rosa*).

El hijo es presencia de futuro que hace soñar a los padres y los coloca en el más allá. Su cuerpo que cambia cada día, la risa, el llanto, el asombro, la impotencia... se transforman en lenguaje y relación:

“Cuando el niño ríe, el mundo se espuma, la vida se aligera y el sol se enciende. Pasa su risa como un agua ligera por encima de las cosas, riza la luz, alegra el día y establece una continuidad sencilla entre los seres que no puede ser destruida por nada”. (Francisco Umbral, *Mortal y rosa*).

En un mundo en el que el culto al cuerpo es la preocupación de muchos hombres y mujeres, nos preguntamos si ese afán por cuidar el cuerpo no será una defensa contra su inevitable deterioro. Antes de que un niño nazca, los padres se sienten urgidos por la sociedad a preparar con todo lujo de detalles una serie de objetos, muebles, ropa, cremas... que contribuirán al bienestar del hijo. Aumenta así “el precio” de los hijos que, unido a la inseguridad ante el futuro y al miedo a perder libertad, provoca una importante reducción de la natalidad.

Durante la infancia los padres deciden cómo cuidar al hijo. Y los hijos admiran a los padres. Los gestos de afecto y cariño son mutuos:

“Corría hacia mí dejando huellas minúsculas en la arena.

—Papá...

Olía a salitre, a piel tostada, a niña limpia.

—Has tardado mucho, papá... Te esperábamos esta mañana. Me besaba frenética, tiraba de mí hacia el agua.

—Mamá se está bañando... Y la señalaba, para que yo la viera.

Luego dijo: —Mamá está triste. Esta semana ha estado muy sola”.

(Mercedes Salisachs, *La Gangrena*).

Sin embargo, en la adolescencia, son los hijos quienes buscan gustarse a sí mismos y gustar a los demás. Prueban mil maneras de presentarse ante los otros porque no acaban de aceptar su figura. No acaban de entender las múltiples y contradictorias sensaciones que experimentan de gozo o tristeza, de rechazo o acogida, de placer o dolor. Y tampoco les gusta su cuerpo por fuera:

“Era como si el cuerpo le funcionase por sí solo, en una proliferación insensata de manos y de pies y cabeceos que hacían imposible controlar el balón.” (Álvaro Pombo, *El metro de platino iridiado*).

Durante esta etapa, las relaciones paterno-filiales se sienten afectadas. Los hijos se creen incomprendidos y los padres no aciertan con la forma de tratarlos. Surge el rechazo de los hijos hacia los padres y los hijos sienten vergüenza si aparecen los padres cuando están con el grupo de amigos:

“A Eduardo su madre le cargaba por su gran parecido con ella (...) Así que si se la encontraba por ahí se hacía el distraído. No soportaba verla avanzar hacia la peña de amigos con su chal y sus andares de bailarina que se pasa la vida en el aire. Se avergonzaba de ella. Más o menos como yo de la mía. Era muy raro que alguno de nosotros, me refiero al colegio e instituto en bloque, quisiera mostrar voluntariamente a sus progenitores o ser visto junto a ellos”. (Clara Sánchez, *Últimas noticias del paraíso*).

Es posible que la causa de esta actitud tan común entre los adolescentes esté provocada por la no aceptación de la figura corporal de los padres o de su manera de pensar y entender la vida. Sea como fuere, significa que los padres han dejado de ser “los mejores” para los hijos.

3.3. Cuerpos que enferman

El doctor López Ibor (1974) distingue entre dos manifestaciones de la enfermedad. Por una parte, como suceso, como algo que aparece y hace que nuestro cuerpo se resienta. Así considerada, la enfermedad es un estado físico que se reconoce por los síntomas que provoca y que describimos cuando el médico nos pregunta “¿qué le pasa a usted?”. Por otra, la enfermedad es sufrimiento, dolor, malestar. Se considera así cuando responde a la pregunta “¿cómo se encuentra usted?”. En este caso se trata de identificar lo que sentimos ante el dolor físico o psíquico².

² J.J. López Ibor y J.J. López-Ibor Aliño, *El cuerpo y la corporalidad*, Madrid, Gredos 1974, p. 17.

Es evidente que el dolor físico va siempre acompañado de malestar y sufrimiento. El cuerpo, como casa en la que habita la persona, nace para morir y, tarde o temprano, se encuentra con un inevitable deterioro que debe ser aceptado por uno mismo y por los demás. Esto lleva a que la enfermedad y la muerte se conviertan en los hechos que más afectan a las familias, sobre todo cuando se trata de los hijos. Situaciones así invaden de tal manera la vida y el ritmo diarios que son capaces de desestructurar las relaciones y el ritmo habitual de un hogar:

“Ahora tengo al niño entre los niños enfermos, en el pabellón de las sombras por donde un pequeño saltamontes humano, niño roto e inquieto, o una niña destrozada por un automóvil, con su sueño de manzana pisada, bullen y mueren. Tengo al hijo pendiente de esa salud que gotea, de esa gota de suero, de luz, de vida.

Niños que sufren, niños que mueren, madres con los ojos pardos como lobas del pueblo, algo que gotea vida o muerte. (...) He ido, con el hijo en los brazos, llevados de la velocidad, hasta estrellarnos contra el fondo del silencio”. (Francisco Umbral, *Mortal y rosa*).

La enfermedad es un elemento de tensión que recorre el cuerpo del enfermo y, con frecuencia, conlleva cambios: traslados de vivienda y de ciudad en busca de un clima mejor; viajes para visitar a un médico, largas estancias en el hospital o, simplemente, ausencias del trabajo para atender a la persona enferma. Es cierto que cuando una persona enferma, toda su familia enferma. Pero si se afronta y se introducen los cambios oportunos, la familia –que con frecuencia se responsabiliza del miembro enfermo– une todas sus fuerzas y sus recursos para salir adelante.

3.4. Cuerpos que envejecen

De la caducidad del cuerpo nadie duda. Es un hecho real e indiscutible porque todos lo vivimos día a día. En la historia de la humanidad, la familia ha sido el único escenario en el que las personas han tenido cabida cualquiera que fuera su situación física, psíquica o moral. Esta verdad debería modificar la manera de afrontar la transformación corporal de cada uno de los miembros de la familia. El cuerpo nos permite o nos impide desplazarnos. Por medio del cuerpo nos relacionamos. Así se convierte en medio e instrumento para que el hombre lleve a cabo sus proyectos. Nos acompaña mientras vivimos y el tiempo le va quitando fuerzas. Los años, la debilidad física, la falta de un motivo por el que vivir y la soledad del hogar, son recordatorios inevitables de que la persona se va haciendo vieja:

“Durante aquellos años, Esteban veía poco a sus hijos. Cuando Elsitita ya no estaba, cuando los mozos crecieron y anunciaron su decisión de

marchar a otra ciudad, se sintió repentinamente solo y viejo. Por primera vez en mucho tiempo nadie se alzaba entre Antonia y él, y no había excusas, ni mantequilla que comprar, ni nada que mandar a un hijo. Le invadió una nostalgia insondable, y esperaba con impaciencia las visitas de Carlos y Miguel.

En su vida ya no había proyectos. No había trabajo. Sencillamente, el tiempo de la siembra había pasado, y le quedaba recoger los frutos.

—Me estoy haciendo viejo —pensaba. Luego miraba a Antonia—. Menos mal que la tengo a ella”. (Espido Freire, *Melocotones helados*).

López Ibor (1974) explica que “la vejez significa un duro aprendizaje de lo que el cuerpo pesa en la vida”. La vejez es aprendizaje porque hace que la persona reconozca cada día sus límites ante sí mismo y ante los demás. La vejez exige también desprendimiento para aceptar que ante los ojos de los demás uno no es lo que fue. Nadie le reclama por su fuerza y su saber tampoco es valorado como antes. Ser conscientes de nuestra caducidad tendría que traducirse en un intento por mejorar la calidad de nuestras relaciones y la acogida que dispensamos a los demás.

Sin embargo, en no pocas ocasiones, los padres ancianos se convierten en carga para los hijos que, con reservas, se reparten el cuidado, convirtiéndose para ellos en una obligación más. El trabajo de los padres, el horario escolar de los hijos o el tamaño de las viviendas, conduce sin remedio a prescindir de la presencia de unos ancianos que no tienen cabida en este programa social y que no son útiles en el sistema familiar. El mundo avanza muy deprisa mientras ellos envejecen lentamente. No entienden la situación actual. Y, con frecuencia, son las propias familias quienes tienen que resolver este problema convirtiéndose, una vez más, en garantes del bienestar de sus miembros. Unos y otros están ahí, pero nadie habla de lo que siente en esta nueva forma de existir. El cuerpo joven del hijo cobra relevancia frente al cuerpo débil del padre o la madre y en la creencia de que ellos nunca envejecerán, se sienten incapaces de agradecer la vida y los desvelos silenciosos de los ancianos.

3.5. Cuerpos que mueren

La muerte de los hijos es una tragedia de la que los padres difícilmente se recuperan. La corporeidad es presencia. La muerte es ausencia que nada ni nadie puede suplir. Desaparecen los seres queridos que pueden seguir presentes por medio de las imágenes que guardamos de sus cuerpos, pero la voz, los gestos, las miradas ya no vuelven a ser. La muerte desmonta “El mecanismo sencillo e ingenioso de una familia” y la casa queda vacía y sin luz, nada se mueve y todo es silencio (cf. *Mortal y rosa*).

“María sentía en todo el cuerpo la mansedumbre de su desesperación que la arrastraba, más allá de cualquier dolor localizable, más allá de la pena, hasta la sima inmóvil de la locura que centelleaba en silencio al echar de menos a su hijo. En cierto modo los primeros días fueron anestésicos. La evidencia más fuerte de esos días era que Pelé no existía ya y en esa evidencia, paradójicamente, aún parecía existir el niño en la conciencia anestesiada de su madre”. (Álvaro Pombo, *El metro de platino iridiado*).

La muerte de los padres también es dolor para los hijos. Con su marcha desaparecen las raíces de nuestra vida. Y nos obligan a hacer memoria. Memoria de las buenas experiencias que agradecemos. Memoria de lo que no hicimos por ellos y lamentamos. Y es tan fuerte la costumbre de verlos y oírlos que, aún sabiendo que ya no están, nos sorprendemos buscándolos.

4. Conclusiones

Para terminar, queda recordar, una vez más, que la familia es la única institución que garantiza el cuidado de las personas desde que nacen hasta que mueren, porque la familia no termina nunca, se va renovando con nuevos seres hasta alargar indefinidamente la cadena de la vida.

Saberse miembro de una familia es disfrutar del gozo de la pertenencia, disfrutar de la alegría de crecer juntos, entender que somos guiados y somos guías. Saberse miembro de una familia es compartir alegrías y tristezas. Por eso, sólo en la familia se puede hablar, pensar, proteger y amar la corporeidad, que en consecuencia, es amar y proteger a cada uno de los que la forman.

Hablar de corporeidad y familia es pensar en relaciones. El fundamento del matrimonio es la pareja y la pareja está formada por un hombre y una mujer únicos e irrepetibles, con identidad propia y con un cuerpo que es su carta de presentación y por el que los demás los reconocen.

Pensar en corporeidad y familia es proteger el ámbito por excelencia en el que se gestan, se acogen, se alimentan, se cuidan y se protegen los nuevos seres que nacen para el mundo.

Proteger la corporeidad y la familia es amar a las personas que nos preceden y van gastando su vida por nosotros. Cuidarlas hasta el final y compartir con ellas el gozo y el dolor, la alegría y el llanto, el temor y la esperanza ante la salud y la enfermedad.

Amar la corporeidad y la familia es agradecer al Dios de la vida habernos brindado la oportunidad de ser en el mundo testigos de su presencia y ejecutores de su mensaje: “Lo que hicisteis con uno de estos, mis hermanos pequeños, conmigo lo hicisteis” (Mt 25, 40).

5. Bibliografía

- AISEN SON KOGAN, A., *Cuerpo y persona. Filosofía y psicología del cuerpo vivido*, Fondo de cultura económica, México, 1991.
- CEE, *La familia, santuario de la vida y esperanza de la sociedad*. Instrucción Pastoral de la Conferencia Episcopal Española, Madrid, 27 de abril de 2001.
- DUCH, L. y MÈLICH, J.C., *Escenarios de la corporeidad. Antropología de la vida cotidiana*, vol., 2, Trotta, Madrid, 2005.
- FLECHA ANDRÉS, J.R., “Familia y moral sexual”, en Borobio García, D. (coord.), *La familia en un mundo cambiante*, Publicaciones Universidad Pontificia de Salamanca, 1994, pp. 245-269.
- FLECHA ANDRÉS, J.R., *Moral de la sexualidad*, Sígueme, Salamanca, 2005.
- FREIRE, E., *Melocotones helados* Planeta, Barcelona, 1999.
- KASTNER, K., [Iwww.apdha.org/participa/documentos/kristin_granada180506.doc1](http://www.apdha.org/participa/documentos/kristin_granada180506.doc1) (29.11.2003)
- LÓPEZ IBOR, J.J. y LÓPEZ-IBOR ALIÑO, J.J., *El cuerpo y la corporalidad*, Gredos, Madrid, 1974.
- LLEDÓ, E. *El epicureísmo, una sabiduría del cuerpo, del gozo y de la amistad*, Barcelona, Montesinos, 1984.
- MAÑAS, J.A, *Historias del Kronen*
- MARÍAS, J., *Mañana en la batalla piensa en mí*, Anagrama, Barcelona, 1994.
- PERA, C., *Pensar desde el cuerpo. Ensayo sobre la corporeidad humana*, Madrid: Triacastela, 2006.
- POMBO, A., *El metro de platino iridiado*, Anagrama, Barcelona, 1991.
- PUÉRTOLAS, S., *Queda la noche*, Planeta, Barcelona, 1989.
- PRIETO SOLANA, J., *Hacia una ética de la corporeidad humana. Verdad y ethos del cuerpo humano a la luz de las catequesis de Juan Pablo II “Hombre y mujer los creó”*, Universidad Católica San Antonio, Murcia, 2004.
- SALISACHS, M., *La Gangrena*, Planeta, Barcelona, 1975.
- SÁNCHEZ, C., *Últimas noticias del paraíso*, Alfaguara, Madrid, 2000.
- UMBRAL, F., *Mortal y rosa*, Destino, Barcelona, 1975.

